

www.aguilars.es

Empieza a leer... El beneficio mutuo

PRIMERA PARTE

El Gran Problema de Víctor

1

Un e-mail misterioso

«Apreciados señores: El motivo de este correo no es otro que comunicarles mi renuncia al cargo de director general de Innova Business Corporation debido a...».

Sin saber por qué, Víctor se detuvo. Dejó de teclear a pesar de mantener los dedos sobre el teclado. ¿Por las mentiras de César Mata, el consejero delegado? O ¿por su incapacidad para gestionar la situación?

Una frase de su padre resonaba cada vez a más decibelios dentro de su cabeza: «No renuncies nunca a tus sueños...». Si bien, ¿qué podía hacer? Era cierto

que su mayor ilusión estribaba en dirigir una empresa. Se había preparado durante años para ello y estaba convencido de que era una fórmula fantástica para contribuir al progreso de la sociedad y generar riqueza no sólo para los socios de la compañía sino para todos y cada uno de los implicados en el proyecto. ¿No sería una visión excesiva y utópica? Pero ¿no era más triste que al primer escollo en su vida profesional tirara la toalla? ¿Tan flojo era que nada más chocar con la cruda realidad salía corriendo?

Le acosaban las preguntas dejándole sin palabras pero, sin que apenas se diese cuenta, algo giraba como un tiovivo alrededor de su hipotálamo dirigiendo los malos presagios hacia las buenas decisiones.

Comprendió que no podía abandonar su sueño. No estaba dispuesto a renunciar a ello. Porque su sueño no era convertirse en un George Caplan, el mítico fundador de Innova. A Víctor le guiaba otro tipo de motivación, otro anhelo, un deseo casi místico —quizá pueril para algunos— de mejorar el mundo.

¿Era un iluso? Ni mucho menos. Creía en sus posibilidades y en conseguir llevar a las empresas un estilo de dirección motivador y participativo. Eso permitiría que tanto el personal fijo como el de los colaboradores se sintieran felices por trabajar en un ambiente entregado y de total cooperación, fuese cual fuese su categoría laboral. Un entorno distendido, sin miedo a zancadillas, a probables despidos, a envidias

encubiertas o a peores causas se vería reflejado en el incremento de los beneficios más pronto que tarde.

En definitiva Víctor deseaba con todas sus fuerzas que todos y cada uno sintieran que estaban contribuyendo a cimentar un mundo más habitable. Y estaba seguro de que era posible conseguirlo. La actividad bien encauzada revertiría tanto en la producción como en la dirección de la empresa. Y no estaba solo en esta aventura —aunque lo pareciera en ocasiones—, muchos otros contribuían, desde sus puestos de trabajo y sus valores personales, para erradicar el mal endémico de las civilizaciones, ese incierto *DIVIDE Y VENCERÁS*.

Por todo esto a Víctor le costaba horrores escribir ese correo. Él no había generado la situación por la que atravesaba, la que le empujaba a renunciar, a rendirse, palabras que no formaban parte de su forma de ser y, sin embargo, adquirirían un protagonismo sonrojante. ¿Cómo animarse, empujarse, decidir tomar la resolución de un golpe de timón y ponerse al frente del viaje?

Por un lado, quería seguir a flote y arrastrar a sus compañeros; por otro, las fuerzas, la fe en él mismo se habían extinguido. ¿Era o no capaz de seguir adelante sin tener a nadie a quien pedir su ayuda?

Y apareció, con amargura, la fatídica frase: «Una retirada a tiempo es una victoria». Sus dedos comenzaron a teclear de nuevo:

«... debido al nulo respaldo que he encontrado por parte de César Mata, consejero delegado de Innova, y a las permanentes contradicciones halladas entre la información que me facilitó, en la fecha de mi incorporación, y la realidad de la compañía, descubierta y bien analizada desde mi incorporación...».

En ese punto escuchó un *ding* característico de la entrada de un mensaje, al tiempo que asomaba un sobrecito en la esquina derecha de la pantalla. Acababa de recibir un correo electrónico.

¿Quién podría escribirle a aquellas horas de la madrugada? Dudó en abrirlo. Al fin y al cabo poco le concernía ya cuanto pasara o le dijeran acerca de Innova. Estaba redactando su renuncia. Tanto daba que fuera César diciéndole que tenía el móvil apagado o Pedro enviando, a estas horas, la última previsión mensual. ¿No dormía nunca?

Pero la curiosidad pudo con sus reticencias y optó por abrirlo. Seguramente, por la misma razón por la que, a veces, cuando estamos haciendo algo con lo que nos sentimos a disgusto, cualquier excusa es buena para aplazarla, aunque sea por unos breves minutos.

No conocía al remitente: ariadna@email.com; una simple dirección anónima. Podía ser spam, publicidad encubierta. Pensó borrarlo cuando reparó en el asunto: «Ayuda para un director en apuros».

El respingo fue espectacular. ¿Una casualidad? ¿Una burla? ¿Justo en ese momento aparece la «ayu-

da» de una auténtica desconocida? Sólo Laura, su mujer, conocía su desasosiego, pero ¿para qué iba ella a escribirle un e-mail? La expectativa creada le empujó a abrirlo.

De: ariadna@eemail.com
Para: victor@innova.com
Asunto: Ayuda para un director en apuros
Anexo: virus.doc (documento Word)

Apreciado Víctor:

Sé que te desconcertará no saber quién soy, pero es preferible que así sea, no porque crear un misterio en torno a mi persona sea fundamental y, lo más importante, suponga guardar mi identidad sino porque los avatares a los que estás abocado me lo aconsejan y son los que me empujan a ayudarte. ¿Cómo lo he sabido? Eso es lo de menos, por el momento. Deja de darle vueltas a tus neuronas por esta causa y mucho menos hagas de Hercule Poirot investigando por aquí y por allá, para descubrir quién es esta Ariadna que se ha colado en tu correo. Acepta mi intromisión porque puedo y quiero ayudarte.

¿Te asalta la incredulidad? Es normal, a lo mejor estoy pecando de ligereza, primero porque no me conoces y segundo porque la mayoría de las personas, incluso tú, una persona brillante, solemos encerrarnos en nuestro pequeño

cascarón cuando tenemos dificultades al creer, erróneamente, que en nuestras manos está todo lo que necesitamos para salir adelante.

Te ruego que, aunque sea sólo por un momento, te abras y confíes. Será bueno para ti y para quienes te rodean.

Por supuesto, puedes aceptar mi ayuda o rechazarla. Eres libre de hacerlo, igual que eres libre de quedarte en Innova o abandonar el barco, como estás dudando en hacer. Nadie te lo recriminará. O ¿sí lo harán? Pero si decides aceptarla, te aseguro que aprenderás algo tremendamente valioso. Recibirás un tesoro de un valor incalculable. ¿Estoy pasándome de optimista y crédula? No lo creo aunque suene algo pedante.

Depende de ti. Si aceptas, el primer paso es leer el documento anexo. Si lo escrito te parece interesante, o al menos útil, responde a este mensaje y seguiremos en contacto. Un cordial saludo,

Ariadna

Ni que decir tiene que, después de la lectura, Víctor se quedó boquiabierto. ¿Era magia? ¿Tendría que empezar a creer en las hadas madrinas? O ¿haciendo honor a su nombre, Ariadna, le ayudaría a salir del laberinto?

Por más que se empeñó no lograba dar con la identidad de la remitente misteriosa. Y, eso sí, debía de

ser alguien cercano, que le conocía lo suficiente como para saber en qué secos cauces había embarrancado. ¿Trabajaría en o para Innova? Desde luego nada tendría que ver con el Comité de Dirección. No se imaginaba, ni por asomo, que César o Amanda quisieran ayudarle; todo lo contrario, cuanto antes se hundiera, antes conseguirían ellos sus propósitos.

Tampoco le echaría una mano Ricardo, incapaz de ayudar a nadie que no fuera él mismo. ¿Pedro, encerrado en su ostracismo, embelesado con descubrimientos importantes que no llegaban a ver la luz? Imposible. Juan, por descontado, era incapaz de tener una iniciativa como ésta (ni de ningún otro tipo). Y Patricia... Lo dudaba, pues de haber dado con la receta de los milagros la hubiera puesto en práctica.

Después del recorrido a través de las características de sus compañeros, ¿adónde había ido a parar? Al punto de partida. No sabía quién era Ariadna ni cómo le conocía.

Antes de recibir el correo sólo tenía una opción: finalizar su carta de cese y enviarla. El correo, sin embargo, le mostraba la luz al final del túnel al ofrecerle ayuda. ¿Qué quería hacer?

2

Víctor

Cuando Víctor recibió la grata noticia de su fichaje como director general de Innova Business Corporation, no dio los saltos de alegría que le pedía su entusiasmo de joven emprendedor. ¿Por qué no se atrevía? Precisamente porque iba a ser un alto ejecutivo y debía empezar a guardar las formas.

Acababa de cumplir 36 años y se podría decir que todavía gateaba en pañales en todo lo referido al mundo laboral. No obstante ese puesto recién conquistado era el *súmmum* para Víctor, un primerizo con ganas de comerse el mundo. Así que cuando conoció la oferta la euforia se le disparó *dentro de un orden*.

Nunca se planteó obtener un empleo de ese calibre por dinero, o para ser un hombre poderoso pero, en su fuero interno, anhelaba un buen cargo, tener un despacho enorme y aplicar sus innovadores conocimientos sobre nuevas formas de gestión. Creía en ellas y, sobre todo, creía en él mismo.

Además estaba seguro de que, gracias a su forma de ser, podría organizar un buen equipo con ganas de implicarse en un trabajo atractivo y contribuir al desarrollo y la mejora de la empresa.

Su pensamiento no era sólo circunstancial sino uno de sus principales mandamientos para mejorar las relaciones laborales y participar en la creación de un mundo mejor. ¿Era un idealista? Quizá. Sin embargo, la ilusión mueve montañas, escala altas cimas y siempre, siempre, olvida los posibles descabros.

No podía aguantar más, deseaba compartir su felicidad con aquellos que tanto lo apoyaron en otros tiempos y con los que aún mantenía algún que otro encuentro, porque para él no era sólo una satisfacción personal sino colectiva.

Después de que la dosis de autocomplacencia y las felicitaciones de los familiares y amigos revitalizaran su ego, pensó en celebrar la ocasión con su mujer, Laura. La recogió y fueron a un buen restaurante de la ciudad donde disfrutaron de una espléndida cena, regada con champán. Una vez en su casa, continuaron con el homenaje. Exultantes por su futuro

cercano hicieron el amor; continuaron bebiendo champán y volvieron a hacer el amor.

Al día siguiente convocó a los amigos de toda la vida en un restaurante japonés para contarles la noticia. Lo festejaron a lo grande con sushi y cervezas. Como no podía ser de otra manera, sus amigos le desearon la suerte de siempre y mucha más, porque Víctor era el típico hombre con buena estrella gracias a su enérgico optimismo, su inalterable constancia y una gran empatía.

¿Qué había sido de aquel joven dinámico, emprendedor, creativo, con grandes ideas para poner en práctica, mejorar la empresa y comerse el mundo? Hasta que Víctor formó parte de la plantilla, Innova había sido —y así se reconocía en la revista *Neomanagement*— una empresa de prestigio. Sin duda dirigirla era un desafío y una suerte. De ahí su orgullo y excitación por engrandecerla.

Quizá fue por eso por lo que hizo oídos sordos a ciertos rumores que le llegaron sobre las dificultades que atravesaba la compañía después de jubilarse George Caplan, alma máter y principal accionista.

Caplan, un hombre de acción y con las ideas muy claras sobre el negocio, había decidido, después de tres décadas al frente de Innova, dar paso a la nueva hornada de ejecutivos deseosos de triunfos rá-

pidos y consistentes. Durante sus primeros años reconvirtió un pequeño taller de reparación de ordenadores en una de las empresas más rentables del planeta. Había logrado implantar en el mercado una marca fiable y conquistar una clientela segura porque ofrecía calidad.

Sin embargo, al poco de su jubilación aquel refrán de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo» —aun cuando no fuera el caso de Caplan, todavía vivo y coleccionando— apareció en el panorama cargado de fricciones. Todos querían una parte del pastel. Pero olvidaron que para obtener esa parte previamente había que cocinarlo. Lo cierto es que Víctor hizo caso omiso a los rumores y ahora se encontraba tratando de hallar una salida airosa para Innova y, por supuesto, para él mismo.

Durante el proceso de selección César Mata desarrolló una extraordinaria amabilidad. Aduló sus comentarios, aplaudió sus sugerencias, se empeñó en pintarle un paisaje atractivo en el que triunfaría si resultaba elegido. También le habló de la fantástica proyección que su carrera profesional obtendría por el hecho de trabajar para Innova.

A nadie le amarga un dulce y es muy difícil sustraerse a los cantos de sirena si uno está abierto a escuchar aquello que espera conseguir, máxime si

se presenta como un buen gestor cargado de ideas. Por si fuera poco, el principal directivo de la más prestigiosa empresa tecnológica del país, bronceado, relajado y vestido con camisas hechas a medida, jaleaba sus ocurrencias y le sonreía. El ego de Víctor, gracias a la agradable música del encantador de serpientes, se expandió por el despacho de César, impidiéndole ver aquello que se escondía detrás de la ostentosa fachada.

Recordó que después de tratarle a diario y muchas horas del día aún no había descubierto quién era y qué pretendía hacer con la compañía. Sin embargo, cierta desconfianza le asaltó desde el principio al observar que César representaba muchos papeles sin mostrar su verdadero rostro.

Cuando la Dirección optó por contratar a Víctor, César le invitó a cenar en uno de los más lujosos restaurantes de la ciudad. Entre los efluvios del buen vino y repetidos brindis, César le dijo aquello que tanto había anhelado escuchar: «Puedes estar seguro de que tendrás libertad absoluta para crear tu equipo. Te encuentras con una compañía saneada, financieramente hablando, en la que puedes desarrollar tus refrescantes ideas e innovar para su mayor crecimiento. Por supuesto, todo mi apoyo te acompañará en las decisiones más importantes».

Víctor se emocionó con las palabras de César. Se las creyó. Tanto es así que ni un ápice de duda se

coló en su pensamiento. Ese trabajo y esa empresa eran lo mejor que podría haber encontrado en su vida profesional.

Nada resultó cierto. Absolutamente nada.

Víctor había admitido que tenía un problema. Le costaba mucho porque durante toda su vida había rechazado las implicaciones que esa palabra lleva consigo. Antes de tirar la toalla y dar un paso hacia un inesperado y probable precipicio, trató de tomar cierta distancia de sus oscuros pensamientos. Rebuscó entre su archivo de frases optimistas aquellas que lo empujaran por otras lindes menos escarpadas. No sería la primera vez, ni la última, que se dijera «los inconvenientes nos permiten aprender». Sin embargo, en ese momento, se había vestido con el peor traje de la temporada: el traje problema. Un modelo que elegido o regalado le sentaba muy mal.

¿Por qué estaba tan paralizado si no era la primera vez que atravesaba por un desfiladero obstruido por las piedras caídas? Porque lo veía y sentía de modo diferente. Aún peor. No sabía cómo atajar la magnitud y la complejidad del problema. Estaba abrumado y desorientado; él, un ejecutivo bien preparado y con ganas de pasar a la historia empresarial.

¿Acaso sabía cuál era el Gran Problema y dónde se encontraba?

Después de meses de ilusionado trabajo se había percatado de que los empleados de Innova no eran felices. Es verdad, no lo eran. Una corriente de infelicidad recorría los despachos robándoles las sonrisas y el buen ánimo.

No tenía nada que ver con balances, productos a la venta o cosas por el estilo. Qué va. El Gran y único Problema lo tenían los empleados de Innova, pero apuntaba directamente a Víctor y amenazaba con hacerlo caer antes que a nadie.

Y ¿qué ocurre cuando la alegría escapa de la mente, del cuerpo y sus movimientos? Que se deja llevar por la inercia fatalista y cae en picado en las oscuras entrañas de don Despropósito.

¿Qué se puede hacer para escapar de ese señor que siempre tratará de arrastrarnos a la infelicidad?

3

Elásticos como la goma

La primera reunión de Víctor con el Comité de Dirección de Innova, cuyas presentaciones llevó a cabo César, le sirvió para conocer al equipo con el que tendría que mantener la compañía en los puestos de cabeza a pesar de la férrea competencia del sector.

Alrededor de la mesa se sentaban, incluido él, seis personas. Amanda, la directora comercial, presumiendo de palmito. Pedro, el director financiero, escondido tras una discreta presencia rayando en la invisibilidad. Juan, director de I+D, ataviado con una bata blanca que, como supo después de un tiempo, era su perenne vestimenta. Patricia, la sobria direc-

tora de Recursos Humanos, y Ricardo, director de Marketing, el más extravertido de todos; de hecho, resultaba insólito en aquel entorno tan poco relajado por su piercing colgando de una oreja y las largas patillas adolescentes.

Víctor quiso exponer un mensaje cargado de motivación, pero nada más abrir la boca, César le interrumpió:

—Muy bien, Víctor, pero déjame decir algo. Es fundamental tener muy clara la siguiente historia que voy a contar: cada uno de vosotros es para mí como una goma elástica. Me gusta jugar con ella, cogerla y estirarla hasta que está a punto de romperse pero aguanta; sí, en ese punto límite en que cambia de color por la tensión ejercida con mis manos... ¿Lo entendéis...? Pues os aseguro que puedo tensar un poco más y más la goma antes de que se cuartee y no sirva para nada.

La pregunta selló el silencio espeso que invadía la sala. César paseó la mirada por cada uno de ellos sin que se atrevieran a enfrentarla. Excepto Amanda, que no sólo la sostuvo si no que consiguió que fuera él quien la esquivara.

Después de asimilar la tensa reunión Víctor decidió reunirse con ellos de uno en uno. En primer lugar, llamó a Ricardo, el director de Marketing, que era quien

se había mostrado más activo durante la reunión y también el más crítico.

Ricardo, con una seguridad pasmosa, entró en el despacho de Víctor sin llamar y dejó la puerta abierta. A Víctor no le gustó. Pero como llevaba poco tiempo en la empresa pensó que era mejor esperar y observar qué tipo de costumbres imperaban en Innova.

Ricardo tampoco esperó a que Víctor le invitara a sentarse. Vestía un llamativo traje satinado color ciruela y camisa blanca sin corbata. Rondaba los 45 años pero sólo el traje y pequeñas arrugas en la comisura de los labios daban fe de esa edad. Sus ademanes, la mirada inquieta y sus excéntricas patillas eran más propias de un jovencito provocador y rebelde.

Sin dudarle Víctor fue directo al grano, tal y como le gustaba hacer:

—Ricardo, apreciaría mucho que me hablaras de tu área: ¿cómo la ves y en qué podemos mejorar?

El director de Marketing sonrió y contestó sin dudar:

—Verás, en mi área no hay problemas. Funciona a las mil maravillas. Bien es verdad que no es Lourdes y, por tanto, lo nuestro no son los milagros. Para mejorar necesitamos buenos productos. Si no los tenemos, no los podemos inventar. El problema de esta empresa es que de un tiempo para acá ni a uno solo de los productos se le puede considerar puntero; algo muy innovador que se adelante a la competencia, que

la anule, que la sorprenda. Hemos dejado de ser los primeros y por si no lo has advertido te diré que algunos de esta empresa se han quedado dormidos en los laureles. ¿Qué consecuencias tiene eso? Pues que así nos luce el pelo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo ves? La competencia nos está dando por todos los lados. Por suerte todavía tenemos una marca que aguanta, pero los otros son más agresivos, innovadores y rápidos. Ofrecen productos con muchas más prestaciones y a mejor precio que los nuestros. ¿Se puede hacer algo contra eso?

Ricardo, sin dejar de sonreír, dejó que el silencio se instalara en el despacho, como si ya no tuviera nada más que decir. Sacó una pluma del bolsillo interior de la chaqueta y jugueteó con ella entre los dedos haciéndola girar como si fuera la vara rítmica de una *majorette*. A Víctor le llamó la atención el dibujo serigrafiado en la estilográfica de colores chillones: Piolín, un personaje de dibujos animados. A continuación retomó la conversación:

—Supongo que has tomado nota de que en la reunión del comité alguien ha dicho que las últimas campañas de publicidad han carecido de creatividad, ya sabes, gancho... y que por eso no han dado buenos resultados los productos.

De repente a Ricardo se le borró la sonrisa y se le desdibujaron las felices arrugas. Cambió el gesto.